

**ENCUENTRO DIOCESANO
DE
PROFESIONALES DE LA ENSEÑANZA**

**Evangelizar y educar,
tareas complementarias para el profesor cristiano.**

**Ponencia de:
Mons. Fernando Sebastián Aguilar,
arzobispo emérito de Pamplona-Tudela**

Huelva, 21 de abril de 2012

INTRODUCCIÓN

Quiero comenzar felicitando a los responsables de esta convocatoria porque me parece una iniciativa muy interesante. El tiempo del aprendizaje es el mejor momento para recibir la evangelización. Los responsables de la educación cristiana no pueden vivir ni actuar en estos momentos al margen de la llamada a una nueva evangelización. Durante los años de la juventud elaboramos la visión del mundo, los criterios de comportamiento, los ideales de vida en los que luego nos movemos. Es el momento de insertar en ese tejido interior la referencia a Dios, la decisión de la fe en Cristo y en Dios, con todas sus consecuencias teóricas y prácticas. Educación y evangelización tienen unas relaciones muy estrechas entre sí. Se ayudan y se necesitan mutuamente.

Por otra parte, desde el punto de vista cristiano, entendemos que la evangelización, es decir la presentación de Jesucristo como modelo de vida y la fe cristiana en Dios, es el mejor anclaje y la más sólida fundamentación de un proyecto de vida auténtico y la más firme justificación de unos valores y criterios de comportamiento verdaderos y justos.

Tengo la sensación de que no me va a ser fácil exponer ante VV. las relaciones y conexiones entre nueva evangelización y educación. Por una parte la educación, en general, es una tarea sumamente amplia y compleja. Varía según las edades, las disposiciones de los sujetos. Por otra parte, según me dicen, a esta sesión están convocados los profesores cristianos en general, de manera que hay entre VV. profesores de religión, sacerdotes y profesores cristianos de las diferentes asignaturas tanto de letras como de ciencias.

A esto hay que añadir que yo no soy un experto en educación, no estoy ahora en contacto directo con los educandos, que según cuentan son bastante distintos de los de hace unos años.

Por todo lo cual, en mi exposición, pretendo moverme en el terreno de los principios, sin bajar demasiado a las acciones concretas. Con la seguridad de que VV. sabrán hacer las aplicaciones prácticas con más facilidad y más acierto que yo.

I. QUÉ DEBEMOS ENTENDER POR EVANGELIZAR

Hace muchos años que en la Iglesia hablamos de evangelizar. Pero no acabamos de asimilar lo que queremos decir. La llamada a la Nueva Evangelización lanzada por el Beato Juan Pablo II hace ya más veinte años no ha entrado todavía de manera efectiva en nuestros planteamientos pastorales. Benedicto XVI sigue insistiendo en la necesidad de que nuestras actividades pastorales tengan un estilo misionero y evangelizador para responder a las necesidades de nuestro tiempo.

Para decirlo claramente y en pocas palabras, evangelizar quiere decir **anunciar el evangelio de Dios, la buena noticia de la salvación.**

Los cristianos pensamos que el ser humano, las personas, como seres libres que son, son responsables de su propia existencia. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza para que lleguemos a compartir eternamente la gloria y la felicidad de su vida eterna. Un destino excelso que nosotros no podemos alcanzar con nuestras solas fuerzas. Y creemos también que los hombres somos moralmente débiles, estamos heridos en nuestra mente y padecemos una especial debilidad moral que nos predispone para apartarnos de nuestro fin sobrenatural.

Esto explica que tengamos que hablar del hombre como de un ser que **necesita salvación.** Lo normal es que los seres no necesiten salvación. Cada uno está capacitado para conseguir su fin y vivir felizmente sin necesidad de ninguna ayuda extraordinaria. En cambio el hombre no es capaz de alcanzar su plenitud con sus solas fuerzas.

Primero porque tiene una capacidad muy grande que él solo no puede alcanzar. Está llamado a vivir eternamente con Dios participando de su gloria y de su felicidad. El solo no puede llegar a la intimidad con Dios si El no le ayuda. Además está herido, su mente, inteligencia y voluntad están demasiado seducidos por los bienes de este mundo y son incapaces de reconocer su afinidad y su parentesco con Dios. El peso de una herencia de pecado ha matado en nosotros el gusto por las cosas divinas y lo ha sustituido por el amor ilimitado a las cosas de este mundo, a nuestro bienestar material, a la autonomía

absoluta de nuestro yo y de la preocupación por nosotros mismos. Vivimos cautivos del amor a nosotros mismos.

En esta situación, Dios ha venido a nosotros para salvarnos. Dios se ha acercado a nosotros para hacernos posible el encuentro con El y la aceptación de sus dones. El espectáculo de la creación, la maravilla de la historia humana ya nos dice de manera suficiente que Dios nos ama, que está junto a nosotros y cuida de nuestra vida. Nos dice incluso que la verdad, el bien, la felicidad que buscamos como fundamento y garantía de nuestra vida personal y colectiva están en El, que El es en realidad el fundamento y el horizonte de nuestra vida.

Este acercamiento de Dios al mundo de los hombres, se ha realizado de manera completa y definitiva mediante la encarnación del Verbo, de la segunda persona de la Trinidad. El Verbo de Dios hecho hombre, Jesucristo, es el paradigma de la humanidad, de la vida personal de todos los hombres y del proceso entero de la vida humana. Es preciso detenerse en elaborar una imagen realista y verdadera del ser humano para entender lo que el cristianismo quiere decir cuando nos anuncia la salvación de Dios. Jesucristo es el hombre perfecto, el hombre que realiza en su vida el ideal y la plenitud de las posibilidades de ser que el hombre tiene en este mundo nuestro, alejado de Dios, sometido a una falsa autonomía respecto de Dios y a un amor desmedido por los bienes sensibles, que de escalera para llegar a Dios se nos han convertido en cárcel que nos encierra en nosotros mismos.

A esta salvación ofrecida por Dios en Jesucristo, los hombres accedemos por medio de la fe. La fe, tal como nos la presenta la Biblia, no es la aceptación de un ramillete de afirmaciones, sino que más radicalmente la fe es una relación de confianza y de sometimiento entre el creyente y Jesucristo, por la cual reconocemos a Jesús como apoyo indispensable de nuestra vida y nos confiamos a El, adorándolo como Dios nuestro, encomendándole el desarrollo y el éxito de nuestra vida. Cuando creo en Cristo lo acepto como modelo, como fundamento, como sustento de mi vida personal. A los que creen en El, Jesús les enseña y les ayuda con su Espíritu a creer en Dios, a confiar en El y aceptar su voluntad como cauce de vida, guía de nuestra libertad y garantía de inmortalidad y felicidad. “Quien cree en mí tiene vida eterna”.

Después de esta larga digresión, podemos decir que evangelizar es ayudar a creer en Jesucristo y ayudar a creer en Dios como centro de

la vida. El cristiano es un hombre que ha conocido la gracia de Dios, el ofrecimiento de salvación y de vida eterna que Dios nos ha hecho en Jesucristo. Creyendo el cristiano reconoce a Jesucristo como verdad absoluta del hombre y del mundo, modelo y molde de nuestra vida, fuente de la verdadera humanidad, referencia permanente de mi libertad en la búsqueda y en la asimilación de la verdad y del bien. La fe es el reconocimiento de la divinidad de Jesucristo y de la plena soberanía de Dios, la aceptación de la gracia de Dios y del Dios de la gracia como instancia suprema y decisiva de la propia vida. Por eso mismo la fe es un nuevo nacimiento, creer es renacer a una vida nueva, a una manera nueva de entender y desarrollar nuestra vida en comunión de obediencia y de amor con el propio Cristo que nos da su Espíritu y nos hace vivir con Él como hijos de Dios en el mundo.

II. POR QUÉ HAY QUE EVANGELIZAR

La evangelización es la tarea primordial de la Iglesia. La Iglesia existe para evangelizar, para continuar la obra de Cristo anunciando al mundo el amor y la gracia de Dios que nos llama y nos espera para admitirnos en el gozo eterno de su vida inmortal. Durante siglos nosotros creíamos que la evangelización era ya tarea cumplida en nuestros países de vieja tradición cristiana. Pero hoy nos encontramos con que la evangelización vuelve a ser tarea principal y urgente en las Iglesias de Occidente, y más en concreto en esta España nuestra. De nuevo, como en los primeros siglos de nuestra era, tenemos que anunciar la buena nueva de la gracia y del amor de Dios, para ayudar a las nuevas generaciones a que crean en Jesucristo y busquen en Él su verdadera salvación, el sentido verdadero y la auténtica plenitud de su humanidad. Tenemos que volver a hacerlo porque en nuestra Iglesia se ha interrumpido el proceso normal de la transmisión de la fe.

En nuestros países, en nuestras Iglesias, hasta hace pocos años la fe se transmitía pacíficamente de generación en generación. Los hijos de los cristianos seguían siendo tranquilamente cristianos. Hoy ya no es así. Los jóvenes no reciben en su casa una buena educación religiosa porque el 80 % de los matrimonios han perdido la fe o la conservan tan débilmente que no son capaces de transmitirla a sus hijos. Y si han recibido la fe en sus familias, la mayoría de ellos la abandonan en su adolescencia o en los primeros años de su juventud.

Desde muy pronto, los jóvenes cristianos, viven en un ambiente cultural que les inculca ideas, sentimientos, criterios de conducta que son incompatibles con la fe cristiana. La fe no se vive en una burbuja espiritual aislada de las demás ideas y convicciones que rigen nuestra vida. La fe religiosa forma una unidad dentro de nosotros con las demás ideas y convicciones que rigen nuestra vida. Es decir, la fe religiosa forma parte del patrimonio cultural que configura nuestra mente y según el cual organizamos nuestra vida.

En los años de adolescencia, con nuestros estudios y nuestras experiencias, vamos elaborando una imagen del mundo, de nosotros mismos y de la sociedad en virtud de la cual formamos nuestros ideales de vida, elaboramos la escala real y operante de nuestros valores, asumimos los criterios efectivos de nuestro comportamiento. En este contexto de convicciones personales se inscribe la fe religiosa como factor determinante. La unidad de la persona requiere que esas ideas y convicciones que rigen nuestra vida sean coherentes y compatibles, de lo contrario unas ideas, aquellas en las cuales creamos de verdad, terminarán eliminadas y como expulsando o modificando a las demás. La unidad de la persona requiere coherencia y unidad en las pautas de nuestro comportamiento.

Mientras vivíamos en una cultura sometida a la primacía de la fe, el ambiente cultural nos inducía a ser cristianos. La fe en Jesucristo y la fe en Dios eran como la clave de bóveda de nuestra mentalidad personal y comunitaria. Hacía falta una decisión explícita para negar una fe que estaba apoyada y corroborada por todas las demás convicciones y por todas las normas de vida en las que crecíamos. Los usos sociales nos ayudaban a vivir espontáneamente en la hipótesis de la fe y de la configuración cristiana de nuestra vida.

Hoy ocurre lo contrario. Vivimos en una sociedad en la que lo normal es creer que el hombre ha aparecido en la tierra por casualidad, no en virtud de un acto creador de Dios. Lo más común es pensar que la felicidad y lo que verdaderamente nos interesa son los bienes de este mundo. La primacía de la vida eterna queda muy desdibujada. La perspectiva de una vida inmortal apenas se tiene en cuenta. La libertad se entiende como la capacidad de disponer de la propia vida para pasarla lo mejor posible en este mundo. No es frecuente entender la libertad como responsabilidad de la propia existencia en un horizonte de inmortalidad. Esta concepción

exclusivamente mundana y materialista de la vida, esta manera de pensar y de sentir, entra en el alma por todas partes, es el ambiente que se respira en la convivencia, en los medios de comunicación, en el arte, en los proyectos de vida compartidos y en los valores que se admiran y se tienen en cuenta a la hora de elegir y de organizar nuestra vida.

Ahora bien, en esta mentalidad, en esta visión de la vida, no cabe la fe en Jesucristo ni la fe en Dios. No hay sitio para Dios ni para Jesucristo ni para la Iglesia ni para una vida verdaderamente cristiana. En la medida en que esta manera de pensar y de organizar la vida se extiende en nuestra sociedad, la fe verdadera va desapareciendo de las conciencias. Muchos niños no han sido nunca educados en la fe; los que lo fueron en los primeros años de su vida, la pierden en cuanto se asoman a la vida social con un poco de autonomía personal, en el colegio, en su cuadrilla de amigos, en la Universidad. La cultura ambiental asfixia su fe. Solamente los que con una fe fuerte son capaces de revisar y reconfigurar su patrimonio cultural de acuerdo con las exigencias de la fe pueden seguir creyendo, a costa de sentirse incómodos y aun marginados en la cultura dominante.

El Papa Benedicto XVI ha escrito recientemente que ya no podemos dar la fe por supuesta. Vivimos en una sociedad en la que la fe se ha hecho difícil, ser cristiano es un hecho contracultural, que tiene que ser afirmado y mantenido explícitamente por cada persona en contra de las tendencias y de las influencias de la cultura dominante. Para nuestros jóvenes y para muchos adultos es contracultural ir a Misa los domingos, acudir a los oficios del Triduo Pascual; es contracultural la castidad, la fidelidad matrimonial, la natalidad; son contraculturales los valores cristianos de la sobriedad, la modestia, la penitencia, el perdón y la gratuidad. El cristianismo entero es hoy contracultural, en España, en Occidente. Lo culturalmente correcto es el agnosticismo, la indiferencia, la permisividad moral, el “vivamos y gocemos que mañana moriremos”. Este es el marco cultural en el que muchos sitúan el Estado de bienestar y la misma democracia.

La llamada a la Nueva Evangelización es la respuesta de la Iglesia a esta situación de invalidación cultural de la fe. Si nuestros jóvenes vienen de sus familias sin haber aprendido a rezar, si tienen que vivir en un ambiente corrosivo que les hace vivir como ateos, aun antes de haberse planteado expresamente sus opciones religiosas, la Iglesia, los cristianos, tenemos que movilizarnos para ayudar a estos jóvenes a

creer en Jesucristo y en el Dios de la salvación de manera explícita y firme, bien conscientes de las razones que justifican su decisión de vivir creyendo en Jesucristo en un mundo descreído y materialista. No podemos dejarles naufragar en las dudas y las oscuridades del agnosticismo, ni tiene sentido tampoco que queramos inculcarles modos cristianos de comportamiento si en su corazón no son realmente cristianos, es decir, si no han decidido expresamente creer en Jesucristo y apoyarse en El como referencia definitiva de su visión y del desarrollo de su vida.

III. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN

Las relaciones entre evangelización y educación tienen que ser proporcionales a las relaciones que hay entre fe y personalidad. Educar es ayudar a descubrirse y realizarse como persona. En los años de la educación ofrecemos conocimientos, experiencias, datos, ayudamos a los jóvenes a situarse rápidamente en el nivel cultural de la sociedad en la que van a tener que vivir y desarrollarse como personas. Pero, como saben VV perfectamente, educar es algo más que enseñar. Educar es enseñar a vivir, enseñar a juzgar, a valorar, a actuar conforme a la verdad de las cosas y la primacía del bien. Educar es enseñar prácticamente “el arte de vivir”. Algunos hablan de “educar en valores”, pero ¿qué son los valores? Y sobre todo ¿por qué los valores son valores? ¿Por qué es mejor para mí la veracidad que la mentira, la laboriosidad que la holganza, la generosidad que el egoísmo, el perdón que la venganza? En una palabra, por qué es mejor el bien que el mal, o dicho de otra manera ¿quién decide lo que es el bien y lo que es el mal? ¿Acaso no soy yo libre para decidir lo que es bueno o malo para mí en cada momento y en cada circunstancia de mi vida?

Aparece aquí la entraña viva de la verdadera educación. Educar es ayudar a una persona a descubrir que el verdadero bien para él está en Dios, en la sabiduría y en la voluntad santa de Dios, como se nos ha manifestado humanamente en las enseñanzas y en la vida de N.S. Jesucristo, “que ha sido hecho para nosotros sabiduría, justicia y fuerza de Dios para nuestra salvación.”

Si esto es así tenemos que decir que la fe cristiana en Dios es el cimiento indispensable, el eje central, la espina dorsal de toda

verdadera educación, en la que se apoyan y justifican los valores y los criterios de comportamiento, en la que se alimentan los proyectos personales de vida y arraigan los verdaderos criterios de actuación. Si educar es enseñar el “arte de vivir”, y este arte admirable consiste en aprender a moverse en el mundo de la verdad y del amor, tendremos que recordar que el amor verdadero viene de Dios, crece en Dios, y es Cristo quien nos trae al mundo humano egoísta la vida nueva del amor. Cristo es la verdad de nuestra vida y la revelación del amor verdadero. El amor es Jesucristo, está en Jesucristo, y de El tenemos que aprenderlo; lo recibimos como un don de Jesucristo cuando nos dirigimos a Él y lo reconocemos desde el fondo de nuestro corazón como Maestro de vida. Sin la fe en Jesucristo no crecen en nuestro mundo las flores del amor ni de la esperanza, las flores de la generosidad, del perdón y de la paz.

Una educación cristiana es aquella que pretende desarrollar en los educandos una personalidad cristiana, que asuma los valores evangélicos, es decir que se apoye y se inspire en la adoración, en la imitación y en el seguimiento de Jesucristo como ideal y sustento de su vida personal. No vale proponerse como modelo de educación cristiana ofrecer al alumno un ideal de vida imparcial, religiosamente aséptico, un ideal pretendidamente racional que luego el alumno pueda colorear con una u otra postura religiosa según su libre decisión. Eso es lo mismo que pretender educar en un término medio entre la verdad y la mentira, entre el bien y el mal. La única verdad completa sobre el hombre es Jesucristo, y el único valor absoluto es el amor y la misericordia que El nos ha manifestado en su muerte y en su resurrección. “Sed perfectos como Dios es perfecto”. Una educación que no esté anclada en la fe religiosa será siempre, en el mejor de los casos, una educación manca, inacabada, insuficiente, peligrosamente vulnerable. No se puede construir la propia casa sobre las arenas movedizas de los consensos sociales. Solo Dios y su enviado Jesucristo nos ofrecen la firmeza permanente de la roca perdurable que da estabilidad y firmeza a nuestra vida.

IV. CÓMO SE HACE ESTO

Fiel a mi propósito inicial no voy a bajar a detalles. Prefiero mantenerme en el nivel un poco más general de los principios.

- a. En los primeros años escolares habrá que atender a la iniciación religiosa que los niños no siempre han recibido en su casa. Dada la importancia insustituible de la familia en este primer aprendizaje, desde el colegio hay que tratar de que los padres se interesen en la iniciación religiosa de los niños, y se capaciten para colaborar en esta tarea con el colegio. Sabemos que solo el 30 % de los padres escogen un colegio religioso por razones religiosas, pero es esencial contar con la colaboración de los padres para el buen resultado de esta labor. Las estadísticas muestran que la eficacia de la labor educativa de los centros cuando no tienen la colaboración de las familias se reduce en un 50 %. Por lo cual resulta de primera necesidad conseguir la colaboración familiar en la educación religiosa de sus hijos.
- b. Hay que tener en cuenta que, sobre todo en los primeros años, la fe se transmite vitalmente, se enseña a creer en Dios como se enseña a hablar y a vivir humanamente. No de una manera teórica sino testimonial, imitativa, en el contexto de una relación de afecto y de confianza. Los niños aprenden a creer practicando la fe juntamente con sus padres, sus familiares y sus maestros.

Enseñamos a creer practicando la fe con ellos, rezando con ellos, dando gracias con ellos, viviendo con ellos unas prácticas de fe que asimilan junto con el entramado básico de su imagen del mundo y de su personalidad. Se aprende a creer conviviendo con creyentes, como se aprende a hablar, a pensar y a vivir humanamente. Con la fuerza del testimonio más que con muchos razonamientos. Luego vendrán las explicaciones y los razonamientos para aclarar y fortalecer lo que ya se ha asimilado como parte de nuestra vida por el camino de la imitación y de la participación.

- c. Para ayudar a creer, en los años de la adolescencia, hay que reconstruir y consolidar las bases culturales de la religión y de la fe, es decir, la idea de la persona como ser libre y responsable, espiritual e inmortal., creado por Dios para la vida eterna.
- d. En este contexto surge espontáneamente la experiencia de la responsabilidad de la propia vida. “Si esto es así ¿qué tenemos que hacer para salvarnos? Es el momento de presentar con creciente profundidad la historia de Jesús,
- e. Con la presentación de la historia de Jesús, tiene que aparecer la llamada a la fe, la invitación razonable a aceptarlo como salvador, a apoyar en El el itinerario de la propia vida. Es un momento decisivo en el que la educación tienen que desarrollarse en un clima personal y confidencial. Cada persona es diferente, tiene ritmos distintos y puede tener resortes o dificultades distintas. Se trata de ayudar a cada educando a formular la decisión de su fe en Jesucristo, enviado de Dios, como la decisión determinante de su vida.
- f. Esta decisión es libre, va más allá de la razón y de las posibles evidencias, pero tiene que ser una decisión sincera, razonable, bien fundamentada en los signos de la revelación y del valor de la fe como camino de vida y salvación. Estos signos son de muy diversa naturaleza. Son signos que nos ayudan a creer los milagros de Jesucristo, pero también lo son el valor y la amabilidad de las personas creyentes con las que convivimos y que tienen una autoridad moral para nosotros. Estos signos cercanos son especialmente importantes y necesarios para los jóvenes que sienten la angustia de la orientación profunda y sincera de sus vidas. Para decidirse a creer necesita ver el valor de la fe cristiana reflejado en la vida y en los comportamientos de personas cristianas que tengan ante él verdadera autoridad.

Todos los profesores, pueden ser y deben ser referentes positivos a favor de la fe, especialmente aquellos que tengan más prestigio y más autoridad moral ante los alumnos. Referentes positivos tienen que ser también sus padres en un proceso normal. Es muy difícil superar en la educación de un adolescente la influencia moral del ejemplo bueno o malo de sus padres.

- g. El pequeño clima cultural del colegio tiene que ser capaz de contrarrestar la influencia secularizante y descreída de la sociedad. Esto es posible cuando el joven encuentra en el colegio el testimonio de personas queridas que él valora positivamente, sus padres, sus profesores, sus amigos, su verdadero contexto vital. Por eso es importante que el Colegio tenga su Capilla abierta, en la que unos y otros entran frecuentemente, con libertad y normalidad, en la que todos juntos celebran la Eucaristía, viven la liturgia y practican la oración y sus devociones con toda normalidad. La comunidad educativa es la verdadera educadora y tiene que ser la verdadera evangelizadora.
- h. Este planteamiento supone que el Colegio aparece como una verdadera realidad de Iglesia, relacionada con la parroquia, inserta vitalmente en la comunidad cristiana de la ciudad, del barrio o del pueblo, en comunión efectiva con toda la comunidad diocesana.
- i. Con esta educación evangelizadora de naturaleza comunitaria y testimonial tiene que conjugarse una buena formación intelectual en los temas centrales, como son las nociones fundamentales de antropología, la historia y las enseñanzas de Jesús, unas ideas claras sobre la creación y la existencia de Dios, la imagen cristiana de Dios, Padre misericordioso, providente y salvador, los elementos de la salvación y de la vida cristiana, los fundamentos y normas fundamentales de la moral cristiana, algo de historia de la Iglesia.

No es conveniente insistir en muchos detalles ni complicar mucho las cosas. Es mejor centrarse en lo fundamental, buscar la claridad y el verdadero convencimiento, en vez de abrumar al educando con muchas cosas y muchos detalles. Si es importante acostumbrarlo a leer el Nuevo Testamento, a consultar el Catecismo de la Iglesia Católica y a tener en cuenta las exigencias de comunión con el Papa y los Obispos. La formación tiene que ser una verdadera iniciación, un aprendizaje abierto y agradable que despierte el deseo y la obligación de desarrollarlo y actualizarlo permanentemente en la vida adulta.

- j. La formación puramente religiosa tiene que estar relacionada y tiene que ser coherente con el resto de la formación que el

alumno recibe en las demás asignaturas, como filosofía, historia, literatura, biología, etc. Todos los profesores tienen que tener la preocupación de aclarar las relaciones entre la fe y lo que ellos están presentando al alumno en cada una de sus asignaturas. Cuestiones como la existencia de Dios, la creación, la santidad de la Iglesia pueden ser muy fácilmente clarificadas y fortalecidas desde asignaturas como la filosofía, la historia o la literatura. Si en otros lugares, desde estas asignaturas se favorece el ateísmo y la indiferencia moral, nosotros, desde ellas, con respeto a las leyes de la autonomía del saber, podemos y debemos facilitar la fe del alumno y la síntesis personal de su fe con todos los demás saberes que va adquiriendo en el colegio.

- k. Esta formación no puede ser solo una formación teórica sino práctica. Formación práctica, ejercitada, militante. Con el Profesor al frente y el necesario apoyo de los padres y de las familias, animadas con convocatorias especiales, ocasiones de formación y participación, etc.
- l. Un complemento indispensable de la formación tiene que ser el progresivo conocimiento de realidades cristianas, como comunidades, asistencia a los enfermos, la participación en la liturgia, visitas a monasterios, experiencia de realidades eclesiales importantes.
- m. Los formadores no tienen que tener miedo a entrar en temas fronterizos, que preocupan intelectualmente o prácticamente a los alumnos, como p.e. el tema de la creación, la evolución, cuestiones históricas como la Inquisición, en cuestiones morales como el respeto a la vida de los no nacidos, la homosexualidad, la idea cristiana de la sexualidad y del matrimonio, la educación en la castidad, el sentido humanista de la moral cristiana y los estragos del laicismo y de la permisividad moral.
- n. Por último esta labor educativa y formativa tiene que verse apoyada por la formación de grupos de amistad y de vida, la organización de actividades sociales, culturales, deportivas o asistenciales, el desarrollo de pequeños compromisos sociales. La vida cristiana tiene que crecer y desarrollarse en ambientes sociales adecuados en los que la convivencia apoye las razones y el ejercicio de la fe. En general nuestras parroquias y colegios hoy tienen a cerrarse excesivamente en lo religioso o en lo

cultural, dejando a los jóvenes demasiado desamparados en el desierto religioso de la sociedad secularizada y laica. En nuestras tareas educativas y evangelizadoras nos falta la ayuda imprescindible de un asociacionismo sencillo y abundante que proteja a nuestros jóvenes de la influencia secularizante de la gran cultura dominante y les ayude a crecer en relación viviente con los centros originales de su educación cristiana, familia, parroquia, colegio grupos de amistad.

V. EN RESUMEN

- Dado que el hombre es un ser religioso y tiene su perfección y su felicidad en la comunión espiritual con Dios, educación y evangelización son realidades complementarias que se necesitan mutuamente.
- Una educación cristiana tiene que llegar a desarrollar en el educando una personalidad cristiana, que vive y actúe de acuerdo con los criterios del evangelio y con las enseñanzas de Jesucristo y de la Iglesia. En este proceso educativo la fe tiene una función primordial e insustituible como fundamento de los valores y modelos de vida que los educando necesitan asimilar personalmente. La fe personal, clara y firme, ha de ser el eje central de una verdadera educación cristiana.
- Por su parte, la fe personal necesita el arropamiento de una educación y de unos conocimientos concordantes que la apoyen y protejan de las agresiones inevitables procedentes de la cultura laica y laicista dominante.
- Por lo cual, en los centros de Iglesia, la comunidad educativa tiene que considerarse a la vez comunidad evangelizadora, con la ayuda del ministerio de la Iglesia, pero también con la participación proporcional de todos los miembros de la comunidad. Todos tienen que ser colaboradores de la tarea común y testigos de la misma salvación.
- Un proyecto educativo cristiano fracasa si no logra ayudar a los educandos a alcanzar una personalidad verdaderamente cristiana, en sus convicciones, relaciones, valores y comportamientos.

Huelva, 21 de abril de 2012